

Innovación, conocimiento y dimensión humana

Innovación es hoy quizás la palabra clave de la economía. La revolución tecnológica, sumada a la apertura y flexibilización de los mercados por efecto de la globalización, ha llevado a los agentes involucrados en la economía a tomar conciencia de la importancia de innovar. Los innovadores crean valor en la economía modificando las formas de organizar el trabajo, la producción, el consumo y la comercialización de bienes y servicios. La innovación es así en gran medida un fenómeno vinculado con la aptitud para el cambio, la ruptura y el riesgo de quienes, traspasando la línea que divide lo conocido de lo desconocido, son capaces de descubrir nuevas posibilidades y capacidades productivas antes ocultas. De allí que la innovación se apoya en gran parte en talentos y virtudes netamente individuales como la creatividad, la audacia, la capacidad para asumir los riesgos o el espíritu de progreso.

Sin embargo, además de apoyarse sobre la figura del empresario-emprendedor individual que por su iniciativa rompe la inercia de los procesos ya conocidos para iniciar otros nuevos, las innovaciones son también el resultado de un complejo y lento proceso evolutivo de la cultura y la sociedad. En este sentido, si bien la innovación implica flexibilidad para cambios y rupturas, también requiere continuidad, procesos graduales y permanencia de los valores insustituibles. Cuando no es así, la “destrucción creativa” schumpeteriana tiende a convertirse, llevada a un extremo, en una actitud faústica que, en lugar de remover aquello que obstruye el crecimiento, termina destruyendo las bases mismas que lo posibilitan.

Este número de *Cultura Económica* se abre así con un artículo de Javier Villanueva quien nos introduce precisamente en la temática clave de la innovación tecnológica, fuertemente asociada a los procesos de “creación de conocimiento” y su influencia ya no meramente externa sino interna sobre la dinámica misma del mundo económico. Por otro lado, el artículo de Jorge Mohamad nos habla de la necesidad de incluir la dimensión humana en los procesos de innovación que caracterizan a los actuales modos de producción flexibles. En la misma línea, Ernesto O’Connor enriquece el análisis del tema mostrando como la inclusión de la innovación tecnológica como variable endógena para explicar el crecimiento económico, no puede dejar de lado la consideración de los componentes institucionales, políticos y el más tradicional y no menos importante de la inversión.

Por su parte, el profesor catalán Josep M. Bricall nos invita a reflexionar sobre el papel innovador de las universidades en la actual economía global. Junto con esta contribución, presentamos también la opinión del científico norteamericano Saunders Mac Lane quien advertía ya en 1996 sobre los riesgos de entender esta dimensión de las universidades en un sentido puramente economicista.

Otro aspecto del tema lo aborda José Enrique Miguens quien nos muestra cómo la ciencia económica está también traspasando la línea de la innovación, incursionando en nuevos temas éticos que en una visión más tradicional eran vistos como exógenos a la disciplina. En ese sentido van también los aportes realizados por Gabriel Zanotti y Ricardo Crespo en el encuentro académico que organizamos junto con el Instituto Acton Argentina en el mes de noviembre del año pasado y que también presentamos aquí. Zanotti destaca el aspecto dinámico de la economía basada en un constante proceso de innovación fundado en el aprendizaje de los agentes que nunca llega a un equilibrio definitivo, en tanto que Crespo coincide en lo mismo agregándole además una reflexión sobre la dimensión moral.

Finalmente cerramos este número de *Cultura Económica* con la ponencia que dictara en Buenos Aires el profesor Berthold Wald sobre la filosofía social del pensador católico alemán Josef Pieper, que representa una interesante novedad en la manera de enfocar el estudio sobre este autor.

C. H.